

ENTRE LA REALIDAD Y EL METODO

JAIME SEPTIEN

Confío en que haya sido G. K. Chesterton el que declaró humanamente injustas a la estadísticas, pues "si mi vecino se comió un pollo y yo nada, el reporte es que nos tocó a medio pollo por cabeza, lo que no explica mi hambre." Desde luego la cita no es textual, pero es certera. Tenemos, con las encuestas, los sondeos de opinión, los grupos de discusión, los muestreos, etcétera, herramientas de primera magnitud para develar la realidad... lo mismo que para ocultarla.

Con todo, se trata de las mejores herramientas que la sociología nos proporciona para entender las tendencias, las opiniones, los modos de ser y parecer de los grupos sociales que componen una cultura; para encontrarle una explicación aproximada a lo que sucede en la realidad. Hay, sin embargo, que saber interpretar los resultados y, a lo que se ve, existen dos maneras: tomar lo que aparece en el resultado (cruzando las salidas de la matriz) o tomar lo que no aparece en el resultado (cruzando los dedos para no caer en la tentación del melatismo).

Lo primero lo hacen, y muy bien, los sociólogos y los científicos sociales. Lo segundo no lo hace prácticamente nadie, porque es danzar sobre el fuego. Por lo demás, es necesario recuperar la intuición como forma propicia del conocimiento. La intuición informada: mientras más acopio de datos se tenga sobre un hecho, mayores serán las asociaciones que se pueden realizar. En otras palabras: hay que buscarle el lado oculto a la Luna sabiendo la distancia exacta a la que se encuentra de la Tierra, que no es de queso y que tan sólo presenta una de sus dos caras.

Se propone, pues, una columna en este espacio -el más serio del país en lo que toca a la ciencia social y aplicada- que vaya más allá de la mera presencia de los datos estadísticos, más allá de los porcentajes, y se meta a hurgar en lo que no sé si con buena fortuna podríamos llamar la "copresencia": lo que no muestran sino apenas insinúan las encuestas; lo que está latente detrás del porcentaje, el mito que derriban o la intuición que fundamentan. Partiremos de una afirmación palmaria: lo que "se ve" de una cosa es tan importante como lo que "no se ve" de ella misma. La presencia de un objeto es tan importante como su ausencia.

Lo difícil es que estamos poco adiestrados para encarar (Barthes) el "discurso de la ausencia". Los sondeos de preferencia electoral, por ejemplo, nos dicen bien a las claras por quién quiere votar la gente, pero hay que intuir por qué quiere votar (o por qué no quiere votar a fulano, zutano o perengano). Eso está ausente del reporte, lo mismo que si se tratara de una sombra. Pulsiones, obsesiones, mitos, traumas históricos o, muy llanamente, flojera vital son factores a menudo más operativos en la opinión que el acceso a los medios informativos, los niveles de escolaridad, el sexo o la edad. Aquellos factores, por descontado, son imposibles de medir: son la "copresencia" de las estadísticas.

Es obvio que el "conocimiento duro", el que propician las ciencias sociales, no puede avanzar sin un control específico de la información que suministran los indicadores sociales. Mucho menos la sociedad en términos de bienestar. ¿Quién (salvo algunos buenos políticos

mexicanos) sería capaz de estructurar una estrategia para el desarrollo social sin tener en cuenta los anhelos de las personas? ¿Quién, sin datos a la mano, aconsejaría elegir tal o cual modelo económico? Que lo haga no implica ni remotamente lo correcto. Sin hacer un monumento al dato, hemos de colegir que sin él estaríamos destinados al peor de los pecados que un grupo puede cometer: empezar cada vez de cero.

Empero, el dato tiene su contraparte en el conocimiento intuitivo, tal como la llama lo tiene en la oscuridad. Todo es presencia y "compresencia". Dar un rodeo a lo que aparece - pervertirlo- para intuir lo que no aparece, es un juego lúdico y racional al mismo tiempo, que bien vale la pena esbozar, aunque la pretensión sea mucha y la destreza de quien lo intentara, muy poca. En términos (presumiblemente) chestertonianos: la intención no será explicar el porcentaje de .5 per capita de pollo por día, sino el porqué la gente come o no come pollos.

Licenciado en comunicación por la UIA (México); cursó el doctorado en la Universidad Complutense (Madrid). Editor periodístico y conductor de radio.